

There are no translations available.

Autor: Fernando CHICA, observador permanente de la Santa Sede ante la FAO

Al final del Jubileo de la Misericordia, el Papa Francisco instituyó la Jornada Mundial de los Pobres, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Este año se celebra por segunda vez, en concreto, hoy domingo.

El lema escogido está inspirado en el Salmo 34: “Este pobre gritó y el Señor lo escuchó” (v. 7). Los pobres pueblan nuestras ciudades. Los vemos sentados en las aceras de nuestras casas. Yacen apesadumbrados en alguna cama de hospital. Pobres son los ancianos que viven solos y desamparados, los jóvenes que se drogan. Pobres son los que no tienen techo ni hogar, las mujeres abandonadas, los emigrantes forzosos, los refugiados... Con miras a motivarnos, en su Mensaje para esta ocasión, el Sucesor de Pedro toma como icono el relato evangélico del ciego Bartimeo (cf. Mc 10,46-52) y nos presenta una serie de consideraciones: “El ciego Bartimeo estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna y habiendo escuchado que Jesús pasaba empezó a gritar y a invocar al Hijo de David, para que tuviera piedad de él. Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más fuerte. El Hijo de Dios escuchó su grito: ¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le contestó: Rabbunì, que recobre la vista”.

Esta página del Evangelio hace visible lo que el salmo anunciaba como promesa. Bartimeo es un pobre que se encuentra privado de capacidades fundamentales, como son la de ver y trabajar. ¡Cuántas sendas conducen también hoy a formas de precariedad! La falta de medios básicos de subsistencia, la marginación cuando ya no se goza de la plena capacidad laboral, las diversas formas de esclavitud social, a pesar de los progresos realizados por la humanidad... Cuántos pobres están también hoy al borde del camino, como Bartimeo, buscando dar un sentido a su condición. Muchos se preguntan cómo han llegado hasta el fondo de este abismo y cómo poder salir de él. Esperan que alguien se les acerque y les diga: Ánimo. Levántate, que te llama”. Con la celebración de esta Jornada, Francisco quiere que se multipliquen las personas que no cierren sus ojos ante el dolor ajeno, las que abran sus manos para socorrer y aliviar, cuantas sepan alentar y consolar al que reclama justicia. El Santo Padre se dirige a nuestra conciencia, para que también nosotros salgamos de la burbuja de nuestras comodidades y busquemos a los crucificados de este mundo, brindándoles bálsamo y no vinagre, poniéndonos a su lado con respuestas concretas y eficaces de auxilio y solidaridad. Los pobres necesitan ayuda, no retórica. Y el Papa, en su Mensaje, nos ofrece pistas para que nuestra actitud hacia los pobres sea la que Dios espera de nosotros. Para ello se fija en tres verbos: gritar, responder, liberar. Ante todo, “gritar”.

Su Santidad no se anda con rodeos: “La condición de pobreza no se agota en una palabra, sino que se transforma en un grito que atraviesa los cielos y llega hasta Dios. ¿Qué expresa el grito del pobre si no es su sufrimiento y soledad, su desilusión y esperanza? Podemos preguntarnos: ¿Cómo es que este grito, que sube hasta la presencia de Dios, no consigue llegar a nuestros oídos, dejándonos indiferentes e impasibles? En una Jornada como esta, estamos llamados a hacer un serio examen de conciencia para darnos cuenta de si realmente hemos sido capaces de escuchar a los pobres”. El segundo verbo es “responder”.

El salmista dice que el Señor no solo escucha el grito del desvalido, sino que le responde. Anota el Obispo de Roma a este respecto: “La respuesta de Dios al pobre es siempre una intervención de salvación para curar las heridas del alma y del cuerpo para restituir justicia y para ayudar a reemprender la vida con dignidad. La respuesta de Dios es también una invitación a que todo el que cree en él obre de la misma manera, dentro de los límites humanos. La Jornada Mundial de los Pobres pretende ser una pequeña respuesta que la Iglesia entera, extendida por el mundo, dirige a los pobres de todo tipo y de cualquier lugar para que no piensen que su grito se ha perdido en el vacío... La solicitud de los creyentes no puede limitarse a una forma de asistencia —que es necesaria y providencial en un primer momento—, sino que exige esa atención amante, que honra al otro como persona y busca su bien». El tercer verbo es “liberar”. El Papa es claro en este sentido: “El pobre de la Biblia vive con la certeza de que Dios interviene en su favor para restituirle la dignidad. La pobreza no es algo buscado, sino que es causada por el egoísmo, el orgullo, la avaricia y la injusticia. Males tan antiguos como el hombre, pero que son siempre pecados, que afectan a tantos inocentes, produciendo consecuencias sociales dramáticas. La acción con la que el Señor libera es un acto de salvación para quienes le han manifestado su propia tristeza y angustia. Las cadenas de la pobreza se rompen gracias a la potencia de la intervención de Dios”. Y precisamente a esto es a lo que Francisco invita a cada cristiano y a cada comunidad: a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad. Esto exige de nosotros compasión, gestos continuos y solidarios, no suspiros o limosnas saltuarias. Los pobres están hastiados de discursos altisonantes e interesados, de promesas incumplidas, de migajas contadas. Aguardan autenticidad, fraternidad real, no propagandísticas mezquindades. En pocas palabras: no hay tiempo que perder.

Tras las huellas de Cristo, pongámonos sin titubeos al servicio de los desheredados, de los que sufren maltratos, de aquellos a los que la miseria fustiga inmisericordemente. Su calamitosa situación demanda que actuemos en favor suyo con urgencia. No pueden seguir siendo ignorados o simplemente considerados un efímero titular de prensa, o parte de un dossier sepultado por el polvo en el ángulo de un escritorio. Los pobres nos están pidiendo que los saquemos de su indigencia. Y no lo haremos si no nos sentimos deudores suyos. Esta II Jornada Mundial de los Pobres no puede caer en saco roto, ni pasar desapercibida en nuestra

vida. Antes bien, supliquemos a Dios que se transforme en un momento privilegiado para dejar que el Evangelio cale hondo en nuestras almas, que se convierta en un pujante acicate para arrancarnos del narcisismo que a menudo nos paraliza. Así creceremos en disponibilidad amorosa hacia los marginados y últimos de la tierra.

(Publicado en Diario de Jaén)